de la casa abandonada por Folco Taca despues que el pueblo tumultuariamente la inundára, llegó á la puerta, escuchó de nuevo algunos momentos, y poco á poco se dirigió á la torre de la catedral del lado del Norte, y como un fantasma desapareció cosido con la negra y alta muralla de la catedral.

II.

EL COGULLA.

Quien hoy pasa por la cárcel de la ciudad de Lisboa, edificio inmundo, miserable, insaluble, que por sí sólo bastára á servir de castigo á grandes crímenes, áun ve en la extremidad de ella unas ruinas, unos escombros amontonados, que separa de la calle una pared de poca altura, en la que se abre una ventana gótica. Esta pared y esta ventana son todo lo que resta del antiguo palacio de cerca de San Martin, iglesia que tambien desapareció sin dejar siquiera por memoria un lienzo de muro, una ogiva de otro tiempo. El Limonero es uno de los monumentos de Lisboa sobre el que corren más tradiciones de remotas épocas. Ninguno de los palacios de nuestros reyes de la primera y segunda dinastía, fué más veces habitado por ellos. Conocido sucesivamente por los nombres de *Palacio del Rey*, *Palacio de los Infantes*, *Pa-*

lacio de la Moneda, *Palacio del Limonero*, su historia va á perderse en las tinieblas de los tiempos. ¿Es de la época morisca? ¿Fundáronle los primeros reyes portugueses? Ignorámoslo. Y qué mucho, si el orígen de Santa María la Mayor de la veneranda catedral de Lisboa es un misterio. Si trasfigurada por los terremotos, por los incendios y por los canónigos, ni en su archivo quemado, ni en sus arrugas blanqueadas y doradas, puede hallarse la certidumbre de su nacimiento y de los años de su vida. ¡Como las de la iglesia, las ruinas de la monarquía duermen en silencio en torno de nosotros, y envuelto en sus eternos harapos el pueblo vive eterno encima y al lado de ellos y ni siquiera pregunta por qué yacen allí!

En la memorable noche en que pasaron los sucesos narrados en el capítulo antecedente, esa ventana del palacio real era la única abierta en todo el vasto edificio, pero silenciosa y oscura como todas las demas. Sólo de cuando en cuando quien hácia allí mirase con atencion desde el medio de la plaza, observaria algo que era blanquecino, que ora se llegaba á la ventana ora se escondia; más el silencio que reinaba en aquellos sitios no era interrumpido por el menor ruido. De repente un bulto llegó debajo de la ven-

tana y batió suavemente las palmas; la figura blanquecina llegó á la ventana, inclinóse, dijo algunas palabras en voz baja, retiróse, tornó á volver y arrojó una escala de cuerda que aseguró por dentro. El bulto que habia llegado subió rápidamente y ambos desaparecieron á traves de los corredores y aposentos del palacio.

En uno de estos últimos, alumbrado por antorchas aseguradas por largos brazos de hierro clavados en las paredes, paseaba un hombre de mediana edad y de gentil presencia. Sus pasos eran rápidos é inciertos y su aspecto preocupado. De cuando en cuando paraba y escuchaba junto á una puerta cuya cortina se meneaba levemente; despues continuaba á pasear, parándose á veces con los brazos cruzados y como entregado á cavilaciones dolorosas.

Por fin, movióse la cortina de alto á abajo, y abrióse en el medio; mano blanca de mujer lo aseguraba. Esta entró y despues de ella un hombre alto y robusto, vestido de paño burdo y ceñido de cinto de esparto, del cual pendian gruesos camándulas (1). La dama

(1) En castellano como en portugués, se da el nombre de camándulas al rosario que se compone de uno á tres dieces. (*N. del T.*)

atravesó pausadamente la sala y fué á sentarse en un estrado de un palmo de altura que corria á lo largo de una de las paredes del aposento. El hombre que paseaba sentóse tambien en el único escabel que allí habia. Fr. Roy, que el lector ya habrá conocido, quedó al pié de la puerta por donde entrára, con la cabeza baja y en actitud beatífica.

«Aproxímate lego, dijo con voz trémula el rey; porque era el rey D. Fernando el hombre que se habia sentado.»

Fr. Roy dió unos pocos pasos adelante.

«¿Qué hay de nuevo?» preguntó el rey.

«El pueblo cada vez está más alborotado, y jura hablar claramente mañana á vuesa señoría. Pero esa no es la peor nueva que traigo.»

«Habla, habla cogulla», dijo el rey, estendiendo la mano convulsa hácia el frailuco.

«Y que mañana, cuando vuesa señoría esté en Santo Domingo, el palacio será acometido. Pretenden matar...»

«¡Mientes, fraile! gritó la dama irguiéndose sobre el estrado de un salto semejante al tigre descubierto por los cazadores en los matorrales de Asia. Mientes; pueden no quererme por reina, pero asesinarme eso es imposible. Amo mucho al pueblo de Lisboa;

téngole hecho las mercedes que puedo; no me ha de odiar de muerte. Los nobles pueden persuadirle á oponerse á nuestro casamiento, mas nunca á poner las manos violentas en la pobre Leonor Tellez.»

«Pluguiera á Dios que hoy mintiese. Sería la primera vez en mi vida, replicó el frailuco con aire contrito, mas oí con mis oidos la órden de hacerlo y la promesa de ejecutarlo, hará tres credos en la taberna de Folco Taca.»

«¡Miserables! exclamó levantándose tambien el rey á quien el peligro de su amante restituia por un momento la energía. Miserables. ¡Quieren sobre la cerviz el yugo de hierro de mi padre! Lo tendrán. ¿Quién se atreve á ordenar tal cosa?»

«Diego Lopez Pacheco, de vuestro consejo, lo dijo al sastre Fernan Vazquez, el caudillo de los revoltosos, y vuestro hermano D. Dionisio estaba tambien con ellos; respondió Fr. Roy.

El lego era el espía más sincero é imperturbable del mundo.

«¡Viejo asesino! exclamó D. Fernando; cubriste de luto eterno el corazon del padre: quieres cubrir el del hijo. ¡Y tú Dionisio, que yo amé tanto, tambien entre mis enemigos! Leonor, ¿qué harémos para salvarte? Aconséjame tú que yo casi enloquecí.»

El pobre é irresoluto monarca cubrió el rostro con las manos sollozando violentamente. Doña Leonor, cuyos ojos centelleantes, cuyos labios descoloridos revelaban más ódio que terror, lanzóle una mirada de desprecio y en tono de mofa respondió:

«Sí, señor rey, á falta de vuestros leales consejeros, puedo yo, triste mujer daros un buen consejo. Ordenad á vuestros pajes que vayan á poner un poste á la puerta de este palacio, y mandadme amarrar en él, para que vuestro buen pueblo de Lisboa, pueda despedazarme tranquilamente mañana, sin profanar vuestros aposentos reales. Será ademas una gran merced que le haréis, en recompensa de su amor á vuestra persona, de su obediencia á vuestros mandatos.»

«Leonor, Leonor, no me hables así que me matas; gritó D. Fernando, arrojándose á los piés de doña Leonor y abrazándola por las rodillas con un llanto convulsivo. ¿Qué te hice yo para que me tratáras tan cruelmente?»

«¡Don Fernando, acuérdate bien de lo que te voy á decir! El pueblo ó se rige con la espada del caballero, ó él viene á poner la lanza del peon sobre el trono real. Quien no sabe blandir el acero, cede; dejad de reinar.»

«Tienes razon, Leonor, dijo D. Fernando enjugando las lágrimas y alzando la frente

noble y hermosa, en que se pintaba la indignacion. Seré hijo de D. Pedro el cruel; seré sucesor de mi padre. Yo mismo voy al alcázar á examinar los ingénios más fuertes que cubran la plaza de San Martin de piedras, de flechas y de cadáveres; las espadas y las ballestas de los hombres de armas y arqueros de mi alcalde mayor de Lisboa harán el resto. Juan Lorenzo Bubal será fiel á su rey. Si necesario fuere, con mis propias manos ayudaría á poner fuego á la ciudad, para que ningun revoltoso escape. Adios, Leonor; cuenta que serás vengada.»

D. Fernando dirigióse rápidamente hácia la puerta del aposento. Fray Roy estaba inmóvil delante de ella.

«Juan Lorenzo Bubal, dijo el espía sin mudar de tono ni de gesto, es de los revoltosos. Lo oí de boca de Diego Lopez que lo aseguró á Fernan Vazquez. Las máquinas del alcázar están desaparejadas, y la mayor parte de los hombres de armas y ballesteros del alcaide mayor, eran los más furiosos en la taberna de Folco Taca, contra la que ellos llaman...»

«Cállate lego, dijo el rey empujándole con fuerza y procurando taparle la boca.»

El bellaco paró donde el empujon recibido le obligó á parar, y quedó otra vez inmóvil

delante de D. Fernando á quien este último golpe lanzaba de nuevo en su habitual perplejidad.

«...La adúltera:» prosiguió Fr. Roy acabando la frase, porque áun la debia y era escrupuloso y puntual en el desempeño de su ministerio.

«¡Lego! exclamó doña Leonor con voz trémula de rabia, mejor fuera que nunca esa palabra te hubiese salido de la boca; porque tal vez llegue un dia en que sea fatal para los que la hubieren proferido.»

«Mas ¿qué harémos?» dijo el rey con gesto de indecible agonia.

«Habia hace poco tres recursos, respondió doña Leonor recobrando aparentemente la serenidad, combatir, ceder, huir. El primero es ya imposible, el segundo!... ¿Por qué no le aceptas, Fernando? Pronta estoy para todo. No me verás más, aunque léjos de tí, moriré de dolor. Cede á la fuerza; tus vasallos lo quieren; lo quiere tu pueblo. Olvídate para siempre de mí.»

«¡Olvidarme de tí! ¿No verte más? ¡Nunca! ¿Obedecer á la fuerza? ¿Quién hay que se atreva á decir al rey de Portugal; rey de Portugal obedece á la fuerza? ¿Los peones de Lisboa? Porque soy bueno en la paz no creen que mi espada en el campo de batalla

corte arneses como los del mejor caballero! Buenos escuderos y hombres de armas de mi hueste, ¿por dónde andais esparcidos? ¿descansais en vuestras honras y solares? El pueblo os despertará como me despertó á mí, bramará como los lobos de la sierra alrededor de vuestras moradas; os asaltará en medio de vuestros banquetes, entre el ruido de vuestros placeres. En el ardor de vuestros amores os dirá: aborreced. Ya se atreve á decírselo á su rey y señor... ¡Oh, desgraciado de mí, desgraciado de mí!»

«¿No quieres, pues, dejar me entregue á mi estrella?» dijo doña Leonor con voz entre de llanto y de ternura abrazando por el cuello al pobre monarca y atrayendo á su frente suave y pálida las mejillas encendidas de D. Fernando que en una especie de delirio miraba espantado hácia ella.

«¡No, no! Vivir contigo ó morir contigo. Caeré del trono ó tú subirás á él.»

Una sonrisa casi imperceptible se esparció por el rostro de doña Leonor Tellez, que, retrocediendo y tomando una actitud resuelta, al mismo tiempo que de resignacion, prosiguió con voz apagada pero firme:

«Entónces queda huir.»

«¡Huir!» exclamó el rey. Y sola esta palabra era más expresiva que la narracion más

extensa de los atroces martirios que el desgraciado devoraba en su corazon irresoluto pero generoso, á la idea de una accion vil y cobarde en cualquier escudero, vilísima y torpísima en un rey de Portugal, en un nieto de Alfonso IV.

El rey la miró un momento. Estaba sereno su rostro angélico, semejante al de una de esas vírgenes que se encuentran en las iluminaciones de los antiguos códices, el secreto de cuyos toques, perdido al fin del siglo décimoquinto, el arte moderno con gran trabajo puede hacer resucitar. El más esperto fisonomista difícilmente adivinaria la negra alma que se escondia debajo de las puras y cándidas facciones de doña Leonor, si no fuese por dos arrugas que la descendian de la frente y se la unian entre los ojos, contrayéndose y deslizándose rápidamente como las vesículas venenosas de las fauces de una víbora.

«Sea, pues, así. Huyamos:» murmuró don Fernando con el gesto con que el sentenciado daria desde el patíbulo el perdon al verdugo.

Doña Leonor sacó del ancho cinto con que oprimia la airosa cintura una bolsa de oropel y la tiró á los piés del fraile, que con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos en-

treabiertos clavados en la bóveda del aposento, parecia estático y engolfado en pensamientos sublimes del cielo.

«Veinte doblas de D. Pedro por tus soldada, cogulla: veinte por tu silencio. El resto de la recompensa lo tendrás un dia, si la adúltera atraviesa triunfadora el portal por donde va á salir fugitiva.»

La afable sonrisa con que estas palabras fueron acompañadas, hicieron correr un escalofrío por la médula espinal del bellaco, cuyas piernas vacilaron. Mas el contacto de las cuarenta doblas, que escondió inmediatamente en el pecho debajo del escapulario, le restituyó el vigor natural.

El rey habíase sentado casi desfallecido en el único escabel del aposento, y su aspecto demudado infundia al mismo tiempo terror y compasion. Cuando el fraile levantó la bolsa, D. Fernando fijó en él los ojos y estendió la mano hácia la puerta sin decir palabra.

Fr. Roy inclinó la cabeza, cruzó de nuevo las manos sobre el pecho, y retrocediendo hácia la puerta, desapareció en el corredor oscuro por donde entrára.

Apénas los pasos lentos y pesados del hermano dejaron de sonar, doña Leonor se dirigió á una ventana que daba á un ancho terrado y levantó la cortina que servia durante

el dia para mitigar la excesiva luz del sol. La noche estaba á mitad de su carrera, como indicaba el pábilo de las antorchas, que apénas alumbraba el aposento, y la luna ya en menguante, comenzaba á subir en la bóveda del firmamento, uniendo su claridad serena al fúlgido brillo de las estrellas. La ventana estaba abierta, y el asiento del rey se hallaba próximo y enfrente; la luna daba de lleno en el rostro bello y triste de D. Fernando, que embebido en su amargo cavilar, parecia ajeno á lo que pasaba en torno suyo, y olvidado de que le quedaban pocas horas, para poder llevar á cabo la resolucion que tomára. Leonor Tellez apoyada en el alféizar de la ventana, púsose á mirar atentamente. La ciudad dormia, y apénas el ladrido de algun perro, interrumpia aquella especie de zumbido, que es como el respirar nocturno, de una gran poblacion que descansa. Allá abajo, una faja trémula, semejante á un puente de luz, cortaba oblícuamente al Tajo donde más ancho se encorba, hácia la márgen izquierda. Los mástiles de millares de navíos emparejados con la ciudad desde Sacavem hasta el promontorio donde campeaba fuera de los arrabales el monasterio de San Francisco, formaban una especie de bosque colocado entre la ciudad y su inmensa bahía. Desde el terrado al

que daba la ventana hasta el rio, el barrio de los judíos, colgando en escarpada cuesta, y señalado con travesaños y cadenas en lo alto de las calles, dibujaba una especie de triángulo cuya base asentaba sobre el lado oriental de la muralla morisca, y cuyo vértice vuelto hácia Occidente se coronaba con la sinagoga, resguardada por la sombra de la mole disforme de la catedral. Poco distante del terrado, entre el palacio y la judería, la claridad de la luna daba de frente en una plaza irregular rodeada de mezquinas y medio arruinadas casas, que en su mayor parte parecian deshabitadas. En medio de ellas, se levantaba una forma semejante al arco de un portal romano. Parecia ser una ruina, un fragmento de edificio de la antigua Olisipo, que sobreviviera allí á los terremotos á las guerras y á los incendios, y al cual finalmente llegára su hora de desaparecer, porque una alta escalera de mano estaba apoyada en el arquitrabe que asentaba sobre los dos pilares laterales y los unia como si allí estuviese puesta para en amaneciendo, poder los obreros subir arriba y derribarlo en tierra. Era hácia este lado al que doña Leonor se puso á mirar atentamente.

Despues, vuelto el rostro al rey con la cabeza baja los brazos estendidos y las manos

encorbadas sobre las rodillas parecia inclinarse sobre el peso de su amargura: contemplóle con un gesto de compasion por algunos momentos y extendiendo hasta él los brazos exclamó:

«¡Fernando!»

Habia en el tono con que fué proferida esta única palabra, un mundo de amor y de voluptuosidad; mas en medio de la dulzura de la voz de Leonor Tellez, habia tambien una cuerda áspera; algo del rugir del tigre.

El rey se estremeció como si por sus miembros hubiese corrido una descarga eléctrica; levantóse y se arrojó llorando en brazos de Leonor Tellez.

«Mañana, dijo con voz ahogada, seré yo el rey más deshonrado de la cristiandad; el caballero más vil de las Españas será D. Fernando de Portugal. ¿Qué me queda? Sólo tu amor; más no. ¿Para qué no me pides ántes la corona real que para mí ha sido corona de espinas? Diérala de buena voluntad. ¡Oh, Leonor, Leonor! Serías la mujer más perversa si un dia me faltases!»

Un beso de la adúltera secó las lágrimas del rey. La hermosura de aquella mujer tenía algo de divino á la claridad de la luna. Don Fernando, embriagado de amor, olvidóse de las pocas horas que le quedaban para huir

de su pueblo, engañado y burlado por él.

«¡Fernando! prosiguió doña Leonor, júrame una vez más que serás siempre mio como yo seré siempre tuya.»

Diciendo esto, le separó dulcemente de sí.

«Te lo juro una y mil veces por la fe de leal caballero que hasta hoy fuí. Te lo juro por el cielo que nos cobija. Te lo juro por los restos de mi noble y valiente abuelo que allí duerme, junto al altar mayor de la catedral, debajo de las banderas infieles que conquistó en el Salado. Te lo juro por más que todo esto; te lo juro por mi amor.»

«Bien está, rey de Portugal, añadió doña Leonor. Ahora sólo una cosa queda que pedirte; no es favor, es justicia.»

«No me pidas Lisboa, que esa sabe Dios si volverá á ser mia, rica, poblada y feliz, como ya la hice, ó si reposaré más la cabeza en este palacio de mis antepasados, pasando por encima de sus ruinas. No me pidas Lisboa, que tal vez mañana deje de llamarme su rey; del resto de Portugal, pídeme lo que quieras.»

«Quiero que me dés mis arras; quiero el precio de mi cuerpo, conforme á fuero de España.»

«Villaviciosa es alegre como un jardin de flores, y yo te he de dar á Villaviciosa. El

castillo de Obidos es fuerte y sobre rocas, son muchos y prontos para la defensa sus ingenios, y el castillo de Obidos será tuyo. Cintra descuélgase de la montaña entre vertientes de aguas bulliciosas, y respira el olor de las hierbas y las flores que crecen á la sombra de los peñascales; puedes tener por tuya á Cintra. Alemquer es rica en medio de sus viñas y manzanedos, y Alemquer te llamará señora.»

«Guarda tus villas, D. Fernando, que yo no te las pido en dote; quiero no más que una promesa de cosa que vale bien poco.»

«De mucho ó poco, no me importa. Te he de dar lo que me pidieres.»

Doña Leonor estendió la mano hácia la especie de portada romana, que se levantaba solitaria en medio de la plaza desierta.

«Hé allí lo que tú me darás en precio de mi cuerpo, si un dia la cerviz de la orgullosa Lisboa se inclina debajo de tu yugo real.»

El rey volvió rápidamente los ojos hácia donde Leonor Tellez tenía el brazo extendido, y retrocedió horrorizado. El objeto que se destacaba en medio de la plaza era el patíbulo popular y plebeyo: era la horca, tétrica, temerosa y maldita.

«Leonor, Leonor, dijo el rey con voz hueca y débil, ¿por qué vienes á mezclar pensa-

mientos de sangre con pensamientos de amor? ¿Por qué interpones un instrumento de muerte y de afrenta entre tú y yo? ¿Por qué prefieres el fruto del cadalso á las villas y castillos de que te hago señora? ¿Por que cambias la estola del clérigo que ha de unirnos por la áspera cuerda del verdugo?»

«Rey de Portugal, respondió la mujer de Juan Lorenzo de Acuña con acceso de furor, ¿áun me preguntas por qué lo hago? Tú nunca serás digno del cetro de tu padre. ¿Quieres saber por qué junto pensamientos de sangre á pensamientos de amor? Porque esos de quienes yo la pido pedirán tambien mi sangre. ¿Quieres saber por qué interpongo entre tú y yo un instrumento de muerte y afrenta? Porque tu buen pueblo de Lisboa quiere tambien interponer entre nosotros la muerte y llenarme de afrenta. ¿Quieres que te diga por qué prefiero el fruto del cadalso á las villas y castillos que me ofreces? Porque las almas grandes no truecan las venganzas por oro. Venganza, rey de Portugal, te pide en dote tu novia. Júrame que un dia los vasallos tuyos que me persiguen serán tambien perseguidos, y que esa vil plebe que cubre de injurias y denuestos mi nombre porque te amo, lo maldigan porque lleve sus caudillos al patíbulo. Este es el precio de

mi cuerpo. Sin ese precio, la nieta de D. Ordoño de Leon (1) nunca será mujer de don Fernando de Portugal.»

Y con un brazo extendido hácia el lugar sin nombre del suplicio, y con el otro doblado como si rechazára al rey esta mujer vengativa, estaba sublime de maldad.

«Tienes razon, Leonor, dijo por fin don Fernando despues de largo silencio, en que los afectos inconstantes de su carácter voluble mudaron gradualmente. Tienes razon. La futura reina de Portugal tendrá su desagravio: las lenguas que te ofendieren se han de callar para siempre; los corazones que te desearen la muerte, dejarán de latir. En mi reinado, hasta aquí de cordura y de bondad, ha de empezar la crudeza. Como Júdas el traidor, sea yo sepultado en el infierno si faltáre al juramento que te hago de lavar en sangre tu injuria y la mia.»

A estas palabras, el aspecto severo de Leonor Tellez mudóse en una sonrisa de inexplicable dulzura.

«¡Ah, cómo te he de amar siempre!» murmuró ella. Y estas palabras salian de sus labios dulces y suaves, como el arrullo de la paloma enamorada.

(1) La familia de Leonor Tellez pretendia descender de D. Ordoño II de Leon.

(*N. del A.*)

Un beso ardiente, que susurró llevado en alas de la brisa de la fresca noche, selló este pacto de ódio y exterminio.

III.

UN ALBOROTO Y UNA AGUJA DE SASTRE.

El sol que hacia más de media hora subiera del oriente ceñido de su aureola enrojecida en medio de la atmósfera turbia y cenicienta de un dia de fines de Agosto, daba de lleno en la rambla ó plaza donde asomaba el monasterio de Santo Domingo, rodeado de huertas y manzanares que verdeaban por el valle de la Morería al oriente, y por el de Valverde al norte. Ya muchos ballesteros y peones armados de lanzas aparecian á lo largo de la pared del palacio de Lanzarote Pezaña, frontero al monasterio, descendiendo unos por entre las viñas de Almafalla, otros del arrabal de Pedreira ó barrio del Almirante, otros del lado del castillo, otros, en fin, desembocando de las calles estrechas é irregulares que iban á dar á la opulenta y célebre calle Nueva. Hombres y mujeres apiñábanse de diez en diez y de doce en doce

en medio de la plaza y á los extremos de las calles: hablaban, movíanse, reian, llamábanse unos á otros. A veces aquella multitud de gente, cuyo cuerpo engrosaba de minuto en minuto, agitábase como la superficie de un lago al paso del huracan. Incierta, vacilante, informe, súbitamente se hacia compacta, se alineaba, y semejante á triángulo enorme, á dardo gigantesco lanzado por monstruoso ingenio, se estrellaba contra la ancha fachada del monasterio cuyas puertas aun estaban cerradas. Allí vacilaba, oscilaba, y retrocedia como la hoja cortante de una hacha de armas, al no poder romper las puertas chapeadas del fuerte castillo. Entónces aquella multitud tomaba la forma de media luna, cuyas puntas se encorvaban por los lados de Valverde y de la Morería, y venian á encontrarse una con otra, por bajo del barrio escarpado de Pedreira desde donde, confundiéndose y bifurcándose de nuevo, se esparcian por la extension de la plaza. El pueblo, que duerme á veces por siglos, estaba acometido de una de sus raras vigilias, y vivia esa poderosa vida de la plaza pública en que de ordinario es ridículo y feroz, alguna vez sublime y terrible.

Era la mañana siguiente á la noche en que ocurrieron los sucesos referidos anteriormen-

te. El pueblo preparábase para una lucha moral con su rey; más no se descuidaba de estar pronto á una lucha física si D. Fernando quisiese apelar á este último argumento. Era la primera vez en este reinado en que la arraya-miuda daba señales de su fuerza, y reivindicaba el derecho de decir armada: *no quiero*. El elemento democrático levantábase para influir directamente en la monarquía; introducíase en ella como principio político, al par de la aristocracia, que con manopla de hierro arrojaba á la plebe contra el trono, sin pensar que éste, conociendo así la fuerza popular, se valdria de ella para combatir á aquellos que ahora impelian los ánimos á la revuelta y daban al vulgo una nueva existencia.

La hora aplazada para la venida del rey áun no habia sonado; más el pueblo, orgulloso de la importancia que súbitamente se le diera, consentido en la idaa de que obligaria al rey á romper los lazos adulterinos que le unian á doña Lenor Tellez, no medía el tiempo por el curso del sol sino por el fervor de su impaciencia. Dos veces se esparciera la voz de que D. Fernando llegaba, y dos veces corriera el pueblo hácia el pórtico del monasterio. Las puertas de la iglesia estaban cerradas, así como la portería y las

estrechas y agudas ventanas del monasterio gótico, que formado de una pared terrosa y humilde contrastaba con la magnificencia del templo, en cuyas portadas profundas, sobre las columnatas puntiagudas que sustituian á los techos y arcos de la bóveda, los animales mostruosos é híbridos, los centauros, los sátiros y los demonios, agrupados en la piedra de los capiteles, por entre los follajes de encina y loto, parecian con los mohines truhaneros, que en los muertos semblantes les imprimiera el escultor, que se burlaban de la cólera popular, y que lenta como el flujo del mar comenzaba á crecer y rebasar. Apénas allá dentro, se oian de vez en cuando las armonías sagradas del órgano y del canto llano monótono, de los frailes que dirigian á Dios las preces matutinas. Entónces el pueblo escuchaba y deteníase arrastrado por las blasfemias y juramentos que salian de mil bocas, y que eran rechazadas del santuario, por el susurro de los cánticos que resonaban dentro de la iglesia, y que trasudaban por todos los poros del gigante de piedra, un murmullo de paz, de resignacion y de confianza en Dios.

El pueblo pues, era como los hombres robustos del Génesis; y era impío porque era robusto.

El dia crecia, y crecia con él la decsonfianza. Las noticias corrian encontradas; ora se decia que el rey cedia á los deseos de sus vasallos y que vendria á anunciar al pueblo su separacion de doña Leonor Tellez; ora, por el contrario, se aseguraba que ella estaba firme en sustentar la resolucion opuesta. Habia tambien quien asegurase que en el castillo y en la plaza de San Martin se comenzaban á juntar hombres de armas y ballesteros. La cólera popular crecia, porque la atizaba ya el temor.

En medio de un grupo de bateleros, carniceros, pescadores, molineros, taberneros y espaderos, dos hombres disputaban violentamente; eran Arias Gil y Fr. Roy; objeto de la disputa, Fernan Vazquez; argumentante, el calafate; sustentante, el frailuco.

«Que no vendrá os digo, gritaba Arias Gil; me lo ha dicho Garci-Ordoñez, el mercader de paños que vive al fin de la calle Nueva, hácia las carnicerías, frente á los almacenes del rey.»

«Mientes á boca llena como un perro judío, replicó Fr. Roy. No es Fernan-Vazquez hombre que falte, teniéndole la arraya-miuda elegido por su diputado.»

«El miedo ó las doblas de palacio pueden tapar la boca á los más atrevidos, y hacer-

les dormir á deshora; replicó el calafate.»

«Que hacen hablar las doblas de palacio, yo lo sé; añadió el lego con risa sardónica, acordándose de lo que en aquella noche pasára; el miedo sabeis vos que hace huir; la envidia sabemos nosotros que hace sospechar.....»

«Descaro y glotonería hacen mendigar,» interrumpió Arias Gil rojo de cólera, cerrando los puños y haciendo rumbo hácia el fraile, como galera que va á apresar á otra en combate naval.

«*Excomunicabo vos*,» murmuó Fr. Roy, disponiéndose á resistir el abordaje del calafate.

Y el populacho que hacia corro reia y batia palmas.

En esto, los gritos de *¡bravo! ¡bravo!* resonaron al otro lado de la plaza; el pueblo corrió hácia allí. Los dos campeones se volvieron; era el sastre.

Sin decir palabra, el fraile miró á Arias Gil con gesto de profundo desprecio, y tomando una postura entre heróica y de inspirado, extendió el brazo hácia el lugar por donde pasaba Fernan Vazquez. Despues se alejó con la turba multa que le rodeaba, miéntras el calafate lo seguia á lo léjos, despacio y cabizbajo.

El sastre rodeado de otros jefes de la re-

vuelta de la víspera, dirigióse al pórtico de Santo Domingo. Iba vestido de un sayo de seda labrada, calzas de lana, zapatos de piel de gamo, sombrero de fieltro con cinta de cuero, todo oscuro, á usanza popular. Con paso firme subió las gradas del pórtico. Desde allí, en pié, con los brazos cruzados midió con los ojos la plaza donde entre el pueblo apiñado se hiciera repentino silencio. Despues, quitándose el sombrero saludó á la muchedumbre á un lado y á otro; sus maneras y ademanes eran ya los de un tribuno del pueblo.

«¡Hurra! ¡hurra por la arraya-miuda! Hurra por el rey D. Fernando de Portugal si deshiciere nuestro agravio y su vileza, sino.....»

Esta exclamacion de un atrevido espadero que estaba junto á la balaustrada del pórtico, fué repetida en gritería confusa, por millares de bocas.

De repente, del lado de la calle de Gileanes, sintióse un tropel de cabalgaduras, que parecian correr á rienda suelta; todos los ojos se volvieron á aquella parte: muchos rostros palidecieron.

Una voz de terror corrió en medio de las turbas. «¡Son hombres de armas del rey!» Aquel océano de cabezas humanas se remoli-

nó á estas palabras y comenzó á dividirse como el mar Rojo delante de Moisés. En un momento vióse una gran faja blanquecina, cortar aquella superficie movible y oscura; era el ancho camino que se abriera por entre ella desde la calle de Gileanes hasta Santo Domingo. Las paredes de la calle, se estrechaban rápidamente. Hácia los lados de la Morería y de la Pedreira las callejuelas y travesías llenábanse de gente, y los reflejos de los hierros de las lanzas populares, que levantadas rutilaban al sol, comenzaron á bajar y á hundirse como las luces de las brujas en sitio lóbrego á los primeros reflejos de la alborada. Fernan Vazquez miró en rededor de sí; estaba solo: palideció; pero permaneció inmóvil.

Entre tanto, el tropel aproximábase cada vez con mayor ruido: los ballesteros del consejo, apostados á lo largo del palacio del Almirante, eran tal vez los únicos en que el terror no hiciera profunda impresion: algunos ya habian extendido sobre el brazo de la ballesta los dardos envenenados, y volviendo la polea, hacian encorvar el arco para el tiro. Los ballesteros de garrucha tenian ya el diente de esta, montado en la cuerda, prontos á soltarle en cuanto asomasen las espadas desnudas de los caballeros y escuderos reales. Del resto del pueblo, los atre-

vidos eran los que volvian; porque el mayor número corria por las cuestas y se internaba por los senderos de los huertos de Valverde y de las viñas de Almafalla, ó trepaba por las calles oscuras y tortuosas del barrio del Almirante.

Mas en medio de este susto general apareció un héroe. Era Fr. Roy. O fuese imprudente confianza en el oculto cargo que le diera doña Leonor, ó fuese fortaleza de ánimo, ó fuese, finalmente, la creencia de que el hábito del fraile le serviria de broquel, en vez de retroceder ó titubear corrió á la esquina de la calle de donde venía el ruido, y mirando por ella un momento, volvióse al pueblo, é inclinándose con las manos en las caderas se desató en estrepitosas carcajadas.

Todo el mundo quedó asombrado: más viendo y oyendo el reir descompasado del fraile, el pueblo comenzó á entrar en la plaza. Aquellas risotadas producian más valor y entusiasmo que *los cuarenta* siglos os contemplan de Napoleon, en la batalla de las Pirámides. Los amotinados recobraron en un instante toda la anterior energía.

Esta escena habia sido rapidísima; todavía gran parte de la plebe dudaba entre quedarse ó huir, cuando se conoció claramente la causa de aquel temor que oprimiera por al-

gun tiempo todos lo corazones. Era la córte que llegaba.

Montados en poderosas mulas los oficiales de la casa real, los ricoshombres, consejeros y jueces del Tribunal Supremo, venian á asistir al acto solemne en que de boca del rey, la nacion debia oir, ó una resolucion conforme con los deseos, tanto de la arrayamiuda como de los señores y caballeros, ó la confirmacion de un casamiento mal recibido por muchos nobles y por todos los pecheros, y condenado de no muy dudosa manera por estos últimos. En medio de los variados colores de los trajes cortesanos negreaban las togas de los letrados y clérigos de palacio, y entre el relucir de los espléndidos arreos de las mulas rozagantes y fogosas de los vasallos seculares, de los alcaides mayores y señores, veíanse arrastrar las gualdrapas de los maestros en leyes y cárceles, de los sabios y letrados, que constituian el supremo tribunal de la monarquía, la curia ó tribunal del rey.

La numerosa cabalgata atravesó la plaza por entre el pueblo apiñado. En todos los rostros traslucia el recelo, acerca de cuál seria el desenlace de este drama terrible é inmenso, en que entraban, representantes de todas las clases sociales.

Entre los individuos de aquel lucido cortejo, distinguíase por su porte altivo, el conde de Barcellos, D. Juan Alfonso Tello, tio de doña Leonor, á quien en los diplomas de la época se le da por excelencia el nombre de *fiel consejero*. Cuando los amores del rey con su sobrina comenzaron, sincera ó simuladamente hizo grandes diligencias para desviar al monarca de llevar adelante sus instintos. D. Fernando persistió aún en ellos, y entónces el conde, juntamente con doña Beatriz y con doña María Tellez, hermana de doña Leonor, suscitára la idea de divorciarla de Juan Lorenzo de Acuña. El pueblo lo sabía, y puesto que hubiese extendido su mala voluntad á todos los parientes de doña Leonor Tellez, odiaba principalmente al conde como protector de aquellos adúlteros amores. Fué por tanto en él, en quien se clavaron los ojos de la plebe, que habiéndose en pocas horas elevado hasta la altura del trono, tambien se atrevia á dar testimonio público de su odio contra el más distinguido miembro de la nobleza.

«Vieja raposa, aunque te pese, no será la adúltera reina de la hermosa tierra de Portugal;» gritaba un carnicero volviéndose hácia una vieja que estaba á su lado, pero mirando de traves al conde que pasaba.

«*Leal consejero* de barraganas, ¿en cuánto vendiste la honra del compadre Lorenzo?» preguntaba un espadero fingiendo hablar con un vecino, más lanzando tambien sus miradas á D. Juan Alfonso Tello.

«¿Qué teneis vos con el lobo que acomete al lobo? exclamó un tabernero calvo y encorvado por el peso de los años. Dejaos de morder unos á otros, que es precepto de Dios compadecerse del prójimo.»

«Lo que merecerian, interrumpió una vendedora de arenques, era ser azotados con buenas tiras de cuero crudo.»

«¿Y ella tia Dordia? añadió un herrero; ¿conoceis vos á la manceba? En las varas la quisiera yo; una del alcalde en la madera; otra del cuitado en las costillas (1).»

«Es costumbre *ergo* merece la pena, ob-

---

(1) Segun varios cuadernos legales de nuestro derecho consuetudinario y municipal, en ciertos casos aplicábase á las mujeres casadas la pena á que se refiere el discurso del herrero. El alcalde venía á casa de la delincuente, ponia en el suelo un madero y con una vara comenzaba á pegar encima de él, haciéndole compás el marido de la culpable en las costillas de ésta: tal era el modo como las mujeres *estaban en las varas*, pena que con ménos aparato se aplicaba tambien á los hombres por muchos y diversos delitos. (*N. del A.*)

servó un procurador que observaba gravemente aquel espectáculo y que hasta entónces guardára silencio.

Estas injurias que como fuego de guerrillas se disparaban á lo largo de las extensas y apretadas filas de los plebeyos, iban á herir los oidos del conde de Barcellos que, fingiendo no hacer caso, palidecia y enrojecia sucesivamente y se mordia los labios de cólera.

De cuando en cuando el afrentoso vociferar de la canalla era ahogado en el ruido de risotadas descompuestas, cien veces más insolentes que las injurias; porque la risa del vulgo, sea por lo que sea, tiene tanto de cruel y de insultante que hace dar por tierra al corazon más fuerte y al ánimo más entero.

Entre los parciales de doña Leonor que venian en aquella comitiva, veíanse tambien muchos nobles y letrados que ó eran personalmente sus enemigos, ó por lo ménos desaprobaban manifiesta y francamente su union con el rey. Diego Lopez Pacheco era el principal entre ellos, y el pueblo, al verle pasar, le saludó con un murmullo que fué como la recompensa del viejo por las desventuras de su vida, desventuras que debia á un caso análogo á la muerte de doña Inés de Castro.

Cuando los nobles, caballeros y letrados de la casa y consejo del rey se apearon junto á las gradas del pórtico del monasterio, el sastre, que viniera á mezclarse con el pueblo luégo que desembocaran en la plaza, subió despues de ellos y esperó que se sentasen en el extenso banco de castaño que corria á lo largo del pórtico. Despues volvióse hácia la multitud apiñada alrededor.

«Si el rey áun no está presente, dijo en voz clara y firme, ahí teneis para oir vuestros agravios á los señores de su consejo: por ventura que ellos podrán daros respuesta en nombre de su señoría, y él vendrá despues á confirmar su dicho.»

«Señor Fernan Vazquez, sois nuestro diputado: á vos toca hablar, replicó uno del pueblo.»

«Así lo queremos, así lo queremos, gritó la muchedumbre.»

El sastre volvióse entónces hácia los cortesanos, consejeros y letrados del tribunal del rey, y dijo:

«Señores, á mí me dieron el cargo, estas gentes que aquí están juntas, de decir algunas cosas al Rey nuestro señor, que tocan á su honra y servicio; y porque es derecho escrito que estando las partes principales presentes, el oficio de procurador debe cesar en

lo que ellas bien supieran decir; vosotros, que sois principales partes en este asunto, que más que á nosotros atañe, debeis decirlo y no yo; por tanto, no obstante que así sea, yo diré aquello de que me dieron encargo; despues, si vosotros no quereis en ello tomar parte mostrando que os cuidais poco de la honra y servicio del rey.....»

«Cállate, villano, gritó levantándose el conde de Barcellos, con voz ahogada por la cólera que ya no podia contener, si no quieres que sea yo quien te haga vomitar sangre en vez de injurias por esa necia boca.»

El viejo Pacheco púsose tambien en pié exclamando: «conde de Barcellos, acordaos de que el estado llano tiene por costumbre antigua el derecho de decir á los reyes sus agravios de quejarse y de reprenderlos. Nosotros somos ménos que los reyes.»

Fernan Vazquez habíase entre tanto vuelto hácia el pueblo apiñado alrededor del pórtico con el rostro demudado de indignacion, y habia hecho una señal con la cabeza. En el mismo instante el pueblo abrió una larga calle, y cuando los nobles y consejeros, atentos al conde y á Diego Lopez, volvieron los ojos hácia la plaza, al empujar de la multitud un semicírculo de más de quinientos ballesteros y peones armados, formaba una

gruesa pared al frente de los pecheros.

Fernan Vazquez dirigióse entónces hácia D. Juan Alfonso Tello, y cogiéndole por un brazo con mano trémula de rabia, díjole:

«Señor conde, vos sois quien insultais á los honrados habitantes de esta leal ciudad, en mi persona; porque yo no hice más que repetir en voz alta lo que cada uno de todos me ordenáran repitiese. Lo que propuse no es mio. Ellos son sus autores. Por lo que á mí toca, señor conde, no temo sus amenazas. Cuando el noble abandona el jubon de hierro para vestir el de tela, no se yo si éste es más fuerte que el del plebeyo, y si tambien de su boca no puede brotar sangre como de la de un pobre villano.»

D. Juan forcejeaba por desasirse del sastre procurando llevar la mano al cinto, donde tenía el puñal; pero Fernan Vazquez era más forzudo y el conde ya habia entrado en la edad en que suele menguar la robustez del hombre. No pudo llegar con la mano al cinto.

«Conde de Barcellos, prosiguió el sastre sonriendo, no recurrais á ese argumento; porque yo tambien estoy acostumbrado á lidiar con hierros acerados, aunque más delgados y cortos que vuestro puñal.»

Estas últimas palabras, dichas en tono de

escarnio, no fueron oidas; la gritería en la plaza era ya espantosa; las injurias, las quejas, las amenazas, cruzándose en los aires, producian aquel ronco é inmenso grito de la furia popular que sólo se asemeja al ruido del torrente vertiéndose en cavernas sin fondo.

Los nobles y los letrados habian rodeado á los dos contendientes; los parciales de doña Leonor al conde; los otros, cuyo número era mucho mayor, al sastre. Y tanto éstos como aquéllos, trabajaban por apaciguarlos, aunque todos los ánimos estaban casi tan irritados como los de los dos contendientes.

Al fin el conde cedió. El aspecto de la multitud que se agitaba furiosa, contribuyó acaso más que todas las razones y ruegos de hidalgos y caballeros atónitos con el espectáculo de la osadía popular; de esta osadía que despreciando las amenazas del primero entre los nobles era más increible que la de la víspera, la cual apénas se atreviera al trono.

¿Qué hacia miéntras tanto nuestro fraile en medio de estos preludios de ruidosa asonada? Lo que el lector verá en el siguiente capítulo.

IV.

MIL DOBLAS PÉ-TERRA Y TRESCIENTAS BARBUDAS (1).

Apénas Fernan Vazquez cogiera del brazo al conde de Barcellos y la gritería popular comenzára á atronar la plaza, Fr. Roy, escurriéndose á lo largo de la pared del monasterio doblára la esquina que volvia hácia la Corredera, y siguiendo su camino por callejuelas torcidas y desiertas, llegára á la Puerta de Hierro, desde donde, atravesando la contigua lóbrega plazoleta, que los rayos del sol apénas alumbraban pocas horas del dia, detenidos al nacer por los gigantescos cam-

(1) Las doblas de oro que mandó acuñar D. Fernando se llamaron *pe-terra* para diferenciarlas de las antiguas doblas, cuyo valor no era tan crecido. La barbuda era moneda de plata anterior al reinado de D. Fernando; su valor, que fué alterado várias veces, era por lo comun de 20 sueldos. (*N. del T.*)